

El Norte de tu Sur

Mi abuelo poseía la rareza de todo aquel que creció en un mundo que ya no existe: vestía su traje hasta para ir a la cancha, compraba rigurosamente el diario cada mañana, tomaba el café puro y siempre, pero siempre, llevaba una brújula en su bolsillo. Era una clara muestra de la belleza del anacronismo. Era, cabe recalcar, porque murió el noviembre pasado, dos meses después de la abuela. Mi padre aseguraba que no podría haber sido de otra manera, puesto que ninguno había aprendido a vivir sin el otro; incluso cuando no parecían coincidir en muchas cosas, había algo que los unía, que los atraía irremediablemente.

Antes de partir, mi abuelo se había encargado de dejar por escrito como sería la repartición de su herencia. Con mis 28 años de edad, era el mayor de sus 5 nietos y el único que había pasado el suficiente tiempo con él como para realmente conocerlo; no alegaba que eso me daría una ventaja certera, sin embargo, era una posibilidad.

No fue así. El viejo fue justo desde la cuna hasta la tumba, sin remordimientos, sin culpas y sin favoritismos. Tan solo había hecho una ínfima diferencia entre los demás y yo: Me había dado su brújula. Recordé, en el preciso momento en que la frialdad del metal rozó mis manos, lo que él solía decir del artefacto:

-El gran problema de las personas, Lucas, es que viven la vida viendo sus relojes, en vez de guiarse por una brújula. Todos corren contra el tiempo, pero ninguna sabe si corre en la dirección correcta.

Siempre supuse que era una simple alegoría, una de sus tantas enseñanzas de vida, de esas que solo un abuelo puede dar. Pero la carta que había recibido junto con su instrumento preferido, me invitaba a pensar otra cosa: "*Esta brújula me guió hasta mi Norte, tu abuela. Espero que ahora te ayude a encontrar el Norte de tu Sur*" Como una cachetada de mi propio inconsciente, los recuerdos brotaron a mi mente en una milésima de segundo: visualicé a mi abuelo, 10 años atrás, con su pelo engominado y su traje pulcro, reposando en aquel sillón bordó que probablemente había presenciado el inicio y fin de la Gran Guerra; entre trago y trago del mate amargo que se preparaba todas las tardes, relataba las experiencias que 70 años de vida le habían dado:

-Los hombres somos como las brújulas, Lucas. Tenemos nuestro pequeño campo magnético interior, dónde nuestro polo sur busca desesperadamente un norte. Muchos, erróneamente, quieren encontrar a alguien con quien coincidir en todo: gustos, sueños, pasiones ¿Por qué? ¿Por qué desear a alguien igual a vos, cuando puedes tener a alguien que te complemente? ¡Norte con Norte no se atraen, Sur con Sur tampoco! La clave está en buscar a alguien que pueda ser el Norte de tu Sur.

Las siguientes semanas me las pasé dudando de si la carta era una metáfora, una broma, un sueño o si efectivamente era verdad. Lo cierto es que la brújula parecía estar rota, puesto que la flecha roja nunca apuntaba hacia el norte correctamente...

Abril Blanco

O, bueno, hacia el polo norte magnético que no era lo mismo que el polo geográfico, al menos eso me enseñó mi abuelo; aunque se movía, lo hacía permanentemente y eso me mantenía alerta, con los pelos de punta como un gato, sintiéndome amenazado por una realidad que era increíble, literalmente increíble y no en el mejor sentido de la palabra.

Una mañana me decidí a confrontar aquel miedo, aunque no sabría explicar si era temor a que fuera verdad o temor a la desilusión de saber que no era verdad. Al final, solo había una manera de comprobarlo: dejarme guiar por la brújula. Caminé por las desoladas calles de la ciudad y continué caminando cuando estas se poblaron de la gente y su rutina; doblé en cada esquina, corrí en algunas ocasiones y dí mil vueltas por la misma cuadra hasta que tropecé con una baldosa floja. La brújula rodó desde mis dedos hasta el cemento, alejándose de mi, mientras esquivaba milagrosamente las pisadas de los apurados transeúntes, quienes, como de costumbre, corrían contra el reloj. La seguí con la mirada, desesperado, hasta que vislumbré unas delicadas manos recogerla del suelo. Al levantarme del pavimento, ella ya se encontraba delante mío, extendiendo la brújula hacia mí. Me quedé anonadado. La flecha roja apuntaba directamente hacia ella.

-¿Es suya? Me parece que con el golpe se rompió. No está apuntando hacia el norte.

-Si, es mía- balbucé -Aunque... creo que funciona bien.

-¿Está seguro?

Y ví sus ojos, casi tan negros como una noche cerrada, tan opuestos a mis orbes celestes como el cielo en la mañana. Y, tal vez, por primera vez en mi vida, puede realmente entender a mi abuelo.

-Totalmente seguro.

Título del cuento:

El norte de tu sur

Nombre y apellido de la autora:

Abril Blanco

Nº de DNI: 45 082 850

Escuela: Academia Arguello

Año: Sexto año

Localidad y provincia: Córdoba Capital